

COLABORACIONES DE "VIDA NUEVA"



LA GRAN CAMAMA

Acabamos de leer en este mismo diario algo de lo que en el teatro de la Comedia—¡qué propio!—ha dicho, para inaugurar la «Gran Camama Sanchopancesca»—G. C. S.—, Francisco, obispo de Jaca. Y debemos decir que en lo de los deberes tiene razón, desde el punto de vista religioso cristiano. Aunque en esa Gran Camama no se trata de nada cristiano, sino más bien pagano, esto es, de religión de Estado, o mejor, de religión cesariana. Toda esa Gran Camama es un movimiento cesariano, algo que de Palacio se ha pedido, y con lágrimas —pero de contrición—, al Vaticano.

¡Sí; en lo de los deberes tendría razón desde un punto de sentimiento genuinamente cristiano. O mejor: derecho y deber son categorías jurídicas y civiles. En religión, lo que hay es sacrificio y gracia. El cristiano carece de derechos frente a Dios; todo lo que se le da, se le da de gracia. Dios no se obliga en rigor.

Pero no renovemos una cuestión eterna y que ha hecho correr tantos ríos de sangre y, lo que acaso es peor, de tinta.

Deberes, sí, deberes; ¡muy bien! Y lo dice quien acaba de ser nombrado —¡y a mucha honra!— presidente de la Liga de Derechos del Hombre en España. ¿Quieren que la llamemos Liga de los Deberes del Hombre? Por su presidente en España, no hay inconveniente alguno. Aunque se debe mantener la denominación civil.

Y entre los deberes del hombre, del ciudadano, está el de defender la libertad, la igualdad y la fraternidad. ¿Retórica revolucionaria y liberalesca? ¡Sí, esol!

Y luego ya sabe Francisco, obispo de Jaca, y saben—o por lo menos deben saber—todos los obispos que firmaron el manifiesto de la Gran Camama Sanchopancesca—la que de Palacio se ha obtenido del Vaticano—, en qué ocasión dijo el Cristo aquello de: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». Lo dijo teniendo una moneda en la mano, señalando la efigie de su cuño y preguntando que de quién era. Tratábase de un tributo, de cosa de cuartos. O de negocio, como si dijéramos. Y como esos obispos son españoles, y algunos de ellos leídos, no faltará en su número quien conozca lo de: «... pero el honor—es patrimonio del alma—,

y el alma sólo es de Dios». Y los que formamos en la Liga de los Derechos del Hombre vamos a defender el patrimonio del alma nacional. Lo que es un deber.

¡Los textos clásicos! No hace mucho un augusto personaje fué a ver por primera vez el «Don Juan Tenorio», y comentando la catástrofe del drama decía: «¡Qué carambola! ¡Ni Casanella!» El alma del pobre don Eduardo Dato, condenado a muerte en la zarabanda roja de Llodio, cuando le hicieron bailar envuelto en dominó y capuchón rojos, debió de estremecerse en el lugar en que esté. Porque el pobre no supo dar a Dios lo que es de Dios ni a la patria lo que es de la patria.

¡Sí, sí; el derecho sólo radica en Dios, y nosotros tenemos el deber de defender los derechos de Dios. Y de defenderlos frente a los del César, y contra los del César, cuando éstos, como sucede con frecuencia, se oponen a los de Dios.

«Toda potestad viene de Dios», dice el Apóstol; pero se refiere a la que sea, y, en este sentido, tan de derecho divino es un alcalde de elección popular o un alguacil como un rey. La doctrina del derecho divino no es una doctrina monárquica; es, más bien, una doctrina revolucionaria. En nombre de Dios suprimió Cromwell a un rey.

Deberes, sí, deberes; pero empezando por los más altos. Y, ante todo, el deber de enterarse, de informarse, de educarse. ¡*Erudimini!*, que dice el texto, señores obispos. Y quien los utilice. Hay que enterarse. Es peligroso vivir en Babia.

Por lo demás, esa Gran Camama acabará dividiendo a los fieles católicos. Porque entre éstos hay muchos—gracias a Dios—que se cuidan de conservar el patrimonio del alma, el honor civil. Ahora renacerá todo aquello de tradicionalistas, integristas y mestizos. El paganismo cesariano episcopal traerá esta consecuencia.

¿Pero quién le ha metido, señor, en esos trotes? ¿No sabe que esos son caminos de perdición?

Siga, siga la Gran Camama Sanchopancesca; siga el paganismo. Dios ciega a aquellos a quienes quiere perder.

Miguel DE UNAMUNO

